

Sigmund Freud y la teoría política

JAIME MACABÍAS

*El que no sabe gobernarse a sí,
¿cómo sabrá gobernar a otros?*¹

Un descubrimiento en la lectura del gran Freud es su vocación tardía como psicólogo. Hasta casi la edad de cuarenta años fue un consumado científico de la medicina. Su preparación escrupulosamente académica, su interés por la tradición universitaria y sus viajes de formación con becas, nos dejan patente que el joven Sigmund Freud era un estudiante brillante, orientado con un rigor notable a la investigación.

En realidad, su desconfianza de los métodos médicos para curar las enfermedades nerviosas comienza a afirmarse a sus casi cuarenta años, edad en la que podemos suponerle una madurez incuestionable.

Freud desconfía entonces de las explicaciones médicas acerca de los síntomas y padecimientos neurológicos, y ve a sus pacientes como personas con dolencias, a veces insufribles, que esperan una solución que casi nunca llega.

No obstante, llama la atención su orientación hacia la medicina como alivio del dolor humano, propio y ajeno. En su biografía, esta cualidad parece ser decisiva. Freud practica desde muy joven la observación cuidadosa, detallada; y describe los síntomas del paciente a la vez que amplía su informe con datos sobre el encuentro médico-enfermo. Anota el aspecto del personaje, sus gestos y miradas. Es decir que detalla no sólo aquellos datos que se pueden expresar con tiempos, medidas y colores, sino también la atmósfera que rodea al paciente y sus antecedentes; no sólo la historia médica, sino también una referencia biográfica o, si cabe, afectiva y literaria.

Freud recurre en parte a la literatura como instrumento necesario para expresar las *músicas* de su encuentro con el paciente. Sin estas músicas, la historia de lo que pasa quedaría incompleta y las posibilidades terapéuticas truncadas. Así pues, la visita del paciente ha de ser comprendida de oído (*ex auditu*) y no sólo visualmente.

¹ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición conmemorativa, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2001, t. II, p. 206, ll. 6-7.

En este sentido, resulta curioso cómo en ocasiones importantes Freud recurre a caracterizar a una persona como *un tipo visual*. Cuando lo hace, está indicando una limitación severa. Por ejemplo, cuando juzga a Jean Marie Charcot, el profesor de la Salpêtrière:

No era Charcot un pensador, sino una naturaleza de dotes artísticas, o, como él mismo decía, un “visual”².

De la misma forma califica a una paciente histérica, de la que nos informa que “la sujeto pertenecía al tipo visual”³. En realidad, para Freud, “los histéricos son sujetos visuales en su mayor parte”⁴. Sobre esto volveremos más adelante.

Lenguaje político

Cuando Freud se refiere a la organización psíquica que gobierna el individuo, se expresa como si estuviera hablando de un estado moderno. Nos habla de un territorio, que es la conciencia, en donde rigen ciertas *leyes* que se aplican con la coerción de la volición, y también de *fronteras* que son defendidas celosamente de alteraciones o incursiones extrañas.

Freud se refiere con frecuencia a la *represión* de ciertas ideas que no son aceptadas dentro de nosotros; ideas a las que se arresta o expulsa de la conciencia sin ningún tipo de contemplaciones. En el mismo tono gubernamental, también insiste en la necesidad de las funciones de *defensa* para la gobernación del yo.

Quizá, por eso, es tan importante la sexualidad. Se trata éste de un ámbito en donde no rigen las leyes de la conciencia, ya que está “fuera de la conciencia”; sin embargo, dentro de la sexualidad se generan acciones muy violentas que afectan al gobierno del individuo⁵.

En su visión del ser humano, Freud separa en principio el soma, o cuerpo, del espíritu. El espíritu parece albergar el gobierno del individuo, y así se entiende cuando le hace responsable de la “inervación somática”⁶. La psique es quien envía sus órdenes al soma, mandatos que se transmiten a través de conexiones nerviosas. Parece como si el soma estuviera bajo las órdenes del aparato psíquico —hoy quizá podríamos decir soporte lógico o *software*— que le rige y dispone de él. Por eso el soma, entendido como el

² S. Freud, “Charcot” (1893), en Sigmund Freud, *Obras Completas*, trad. Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, tomo I, p. 30.

³ S. Freud, “Estudios sobre la histeria” (1895), en Freud, *Obras Completas*, tomo I, p. 97.

⁴ *Ibid.*, p. 153.

⁵ J. Breuer y S. Freud, “Prólogo a la primera edición” de “Estudios sobre la histeria”; en Freud, *Obras Completas*, tomo I, p. 39.

cuerpo —homólogo de lo que son la sociedad o la población para el Estado—, registra los conflictos existentes en el espíritu del individuo. El equivalente en el hombre de lo que son las disensiones, rebeliones, golpes de estado o guerras civiles en la política, lo son los *conflictos psíquicos*. Igual que los conflictos políticos dejan secuelas en la sociedad, los problemas psíquicos se acusan en el cuerpo, que se duele de ellos y muestra sus efectos en los síntomas somáticos.

Freud hace referencia “al dominio sobre la inervación somática”, dándonos a entender que a veces ese dominio es perdido por la conciencia ejecutiva y cae en otras fuentes de acción psíquica interna del individuo⁷. La toma del control de esa inervación somática sobreviene eventualmente mediante un *ataque*. Se trata de ataques que van acompañados de *provocaciones* y que, en definitiva, producen alteraciones severas en el gobierno del individuo. El dominio sobre uno mismo es un tema de importancia central en el pensamiento de Freud. Un dominio que, en la salud, debe recaer en lo que él llama “la conciencia normal”⁸. De ahí que la psicoterapia se produzca mediante la atracción hacia la conciencia normal de los afectos estancados, desviados o frustrados. A veces, se intenta suprimir estos estancamientos por medio de la sugestión médica hipnótica, como en los casos de sonambulismo o amnesia⁹. ¿Qué significa esta intervención médica?

Sobre esto, Freud nos dice que la actuación del doctor es posible por la *autoridad* que el médico posee sobre el enfermo, lo que le otorga la capacidad de contrarrestar otras fuerzas que operan en el mundo interno del paciente¹⁰.

Para el progreso de la terapia, es de extrema importancia que el médico conserve su autoridad sobre el enfermo¹¹:

Para dominar la resistencia (del enfermo) actúa un factor afectivo —la autoridad personal del médico—, del cual sólo raras veces podemos prescindir, siendo, en cambio, en un gran número de casos, el único que puede acabar con la resistencia...esto sucede en todas las ramas de la medicina¹².

El médico usa un poder muy fuerte que le ha sido otorgado por la situación clínica; en definitiva, por el paciente que ha ido a su consulta y se ha confiado a él.

Freud menciona en varios lugares de su *Estudio sobre la histeria* que a veces existe en el individuo una segunda conciencia; como si, en situaciones críticas, se produjera una dualidad de gobiernos en la misma persona; es “el

⁶ Freud, “Estudios sobre la histeria”, p. 48.

⁷ Ibidem.

⁸ Ibidem.

⁹ Ibid., p. 49.

¹⁰ Ibid., p. 153; también p. 155.

¹¹ Ibid., p. 153.

¹² Ibid., p. 155.

estado segundo de conciencia”¹³. Nos explica, al respecto, que los acontecimientos que impactan la vida del hombre se suelen resolver o bien mediante una descarga física y emotiva, o bien mediante el procedimiento asociativo que permite al individuo asimilar la situación, elaborarla y sobrevivir a ella sin grandes destrozos. Claro que a veces esto no es posible, ya que la moral, la educación, ciertos miedos o simplemente errores de cálculo hacen que no se produzca una reacción adecuada ante un suceso difícil de encajar; y entonces el impacto se acusa como algo no elaborado. Aquí es cuando se podrán dar alucinaciones periódicas, reacciones desplazadas u otros síntomas.

La vigilancia en la vida

A todo esto hay que decir que, para Freud, el día y la noche de la vida, la vigilancia y los estados hipnoideos, son “modelos de estados psíquicos distintos” que no pueden establecer asociaciones entre ellos¹⁴. Así, lo que ocurre en uno de estos ámbitos malamente se resuelve en el otro. Son dos mundos separados. De hecho, Freud parece referirse a vigilia en contraposición a hipnosis¹⁵.

En este sentido, el sexo vuelve a ser especialmente importante porque está muy separado del resto de la personalidad y encubierto por muchos velos y pudores. Perteneciente a la vigilia, no resulta dócil a su control. No es fácil tratar sus conflictos con palabras, con diálogo o con análisis; algo que sí se hace normalmente con otros temas relevantes, como la muerte de un ser querido u otro tipo de disgustos o conflictos.

Freud ve en el tratamiento de los enfermos psíquicos el pavor que tiene el hombre sano a la enfermedad mental. Éste es el caso de ciertos procedimientos psiquiátricos como las duchas heladas, las ruedas giratorias¹⁶, atar a los enfermos, encerrar a la persona que padece de melancolía¹⁷ y otros casos parecidos.

Es muy interesante la explicación que Freud da del sonambulismo como si fuera en parte amnesia¹⁸. Parece entender que el sonambulismo es un intento de escapar de un gobierno que, en el interior del individuo, mantiene al sujeto en una situación nefasta. De hecho, el terapeuta puede aprovechar un *sonambulismo artificial*¹⁹ para intentar intervenir como autoridad externa. Freud da por descontado que existe un control violento de la realidad psíquica del

¹³ J. Breuer y S. Freud, “Sobre la teoría del acceso histérico” (1892), *Obras Completas*, tomo I, p. 53.

¹⁴ Freud, “Estudios sobre la histeria”, p. 66.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibid.*, p. 63.

¹⁷ *Ibid.*, p. 67.

¹⁸ Amnesia y amnistia provienen etimológicamente de la misma raíz.

¹⁹ Freud, “Estudios sobre la histeria”, p. 85.

paciente por parte de unas fuerzas tiránicas que no dejan al individuo cambiar de vida, aun cuando ésta sea muy poco satisfactoria. Fuerzas que perpetúan al sujeto en el sufrimiento e inadaptación social o familiar.

La intervención del terapeuta permitirá que salgan de la cárcel ideas, recuerdos, testigos prohibidos en la vigilia. Mediante la hipnosis, actúa sobre un gobierno que queda así intervenido desde el exterior.

Sonambulismo equivale en este Freud a gobierno alterado, ya que al individuo no le gobierna el mismo gobierno que lo hace en la vigilia. Las “voliciones de la vida”²⁰ son actos producidos por el poder ejecutivo que rige la vida del paciente; pero los brotes de ocurrencias, las imágenes o palabras que de pronto emergen a la conciencia —sin permiso del ejecutivo— son asimismo de gran valor. Con frecuencia no se les permite aflorar, otras veces brotan en contra de la represión que las intenta inhibir, y casi siempre revelan verdades muy profundas. No son componentes normales, reconocidos por el poder, no son los ciudadanos que se llevan bien o agradan al poder de la conciencia que gobierna oficialmente el self, pero están dentro y a ellos Freud les otorga un valor extra²¹.

Curiosamente, la curación llega por una especie de restauración de la unidad territorial, jurisdiccional y sociológica del país mental. La terapia busca lograr “la unión del grupo psíquico disociado con la conciencia del yo”²². En resumen, la integración de un solo gobierno que controle sin problemas la situación. Ya no hará falta hablar de rebelión, de brotes armados, ni de civiles descontrolados²³.

Freud usa una metáfora política para referirse a las situaciones internas del individuo. Con ello, desarrolla lo que hoy llamaríamos un estudio de micropolítica. Pero, ¿cómo iba a ser de otra manera? Uno de sus objetos de estudio es la gobernanza del individuo en su deambular por el mundo, en su avance por la vida sorteando o superando sin desgarros las dificultades que se le aparezcan, las tormentas, batallas o plagas que le sobrevengan desde fuera y desde dentro. Freud no usa las metáforas políticas por capricho o moda, sino porque son las adecuadas a un tema que es político *per se*.

Lágrimas tardías

Los *Estudios sobre la histeria* de 1895 son una pieza importante para encontrar las raíces de su pensamiento. Es una obra escrita en la madurez biográfica, pero tan sólo en el comienzo del viaje intelectual que le llevaría a abandonar la ciencia natural, la medicina, para pasarse con armas y bagajes a la psicología. Este ingrediente emancipador, de salida de casa o pe-

²⁰ Ibid., p. 89.

²¹ Ibid., p. 92.

²² Ibid., p. 101.

²³ Ibidem.

queña traición por enamoramiento sano y creativo, no se da quizá en muchos psicólogos actuales, que directamente conectan con el psicoanálisis sin este paso tan tortuoso y a la vez corajudo.

En esta obra, se aprecia un Freud radicalmente dialéctico. Se lanza a conocer el mundo de la enfermedad psíquica como el que parte a las cruzadas. Parece un científico cristiano que se pertrecha adecuadamente de metodologías y formación en las universidades de Austria y Francia para luchar por la ciencia y el bien.

Su percepción de la psicosis histérica —él valora la histeria en muchos casos como una psicosis—, es la del batallador que otea el horizonte y fija la silueta de su enemigo. Se trata de un enemigo poderoso, que hace sufrir a aquellos de nosotros que estemos enfermos.

La dolencia es estudiada con detalle. Sorprende la precisión con que describe Freud al enemigo. Lo analiza para entenderlo y para, con el conocimiento adquirido, poderlo desmontar y hacerlo desaparecer del mapa de nuestras vidas.

Así pues, encuentra que el yo está amenazado por conflictos que le desorganizan, que le obligan a activar reacciones nocivas que le causan sufrimientos o lesiones en su cuerpo y en su vida. Se producen ataques histéricos, es decir contracturas, lesiones dérmicas, convulsiones epileptoides, tics no deseados que nos ridiculizan o deprimen, enfermedades cardiovasculares, alucinaciones visuales continuas que nos pierden en el mundo, perturbaciones de la visión que nos enceguecen parcial o totalmente, vómitos, anorexia. Graves dolencias con resultados catastróficos para nuestro gobierno personal. No podemos trazar nuestro camino. No podemos defendernos en caso de necesidad. No podemos disfrutar de los alimentos, de la felicidad, del amor. Pues bien, Freud encuentra la causa de todo esto no en el soma, sino en la vida afectiva.

Los problemas surgidos en la vida no pueden ser siempre asimilados mediante una reacción motora, recurriendo a la venganza o con asociaciones que nos permitan defendernos de su impacto. Por eso, aparecen con el tiempo lo que él llama las *lágrimas tardías*²⁴, que hacen su función cuando ha desaparecido la urgencia que las inhibía y tenemos al fin tiempo para dejar salir los sentimientos. Éste es el caso de las personas que atienden a enfermos graves y no pueden exteriorizar su pena o sus angustias.

En un principio, la actuación del terapeuta es presentada como una intervención en un combate ya en marcha. El analista se introduce en la lucha que hay en el mundo interno del paciente e interviene a favor de unos grupos psíquicos y en contra de otros. Freud cree que sólo hay un grupo legítimo que es el yo. Los otros nódulos de poder son grupos psíquicos que intentan disputar al yo el control de la inervación somática, del pensamiento diurno o nocturno y de la memoria.

²⁴ Ibid., p. 125.

En su trabajo, el psicoanalista representa tres cosas a la vez: (i) es quien aclara las confusiones que producen miedos innecesarios al paciente —de lo que se deduce que un primer batallón enemigo es la ignorancia—; (ii) es también el representante de una concepción universal más libre o más reflexiva; (iii) y es el confidente que ofrece al paciente el confort de algo así como una confesión ²⁵.

Se trata, sencillamente, de los pocos medios que “puede emplear un hombre para ejercer una influencia psíquica sobre otro” ²⁶.

La entrada en el mundo interno del paciente produce en cualquier caso una *resistencia*. Hay partes psíquicas del enfermo que seguramente no aceptan esa intervención. Incluso puede que toda la dolencia se monte sobre el levantamiento de esa resistencia contra elementos que son insoportables para el gobierno del individuo. Cuando el enfermo no puede controlar la situación por sí mismo, es llevado o va por su propio interés al terapeuta.

Freud aporta el término *histeria de defensa* ²⁷

El lenguaje político y militar de este planteamiento terapéutico es muy llamativo. Aparecen *agentes infiltrados* ²⁸. El médico se plantea “penetrar directamente en el nódulo de la acción patógena” ²⁹. Y nos confirma que, si hacemos bien nuestro trabajo contra esa organización patógena, ganaremos la batalla ³⁰.

El enfermo siente a veces alivio como un anticipo de “su próxima liberación” ³¹. El médico se ve precisado a “vencer las resistencias” para conseguir “la victoria” ³². En definitiva, Freud nos está hablando todo el rato con un lenguaje muy semejante al de una “intervención quirúrgica” que ve las curas como “*operaciones psicoterápicas*” ³³. No es extraño en una época en que los psiquiatras no se privan de dar órdenes a troche y moche sobre dormir y despertar, ni de hacer implantes psíquicos en la inconsciencia del hipnotizado o sugestionado; reacciones que Freud llega a cuestionarse en alguna ocasión, un tanto avergonzado de los excesos que presencia.

Freud nos tratará también de la neuropsicosis de defensa ³⁴ y su curación. *Conflicto* y *defensa* son dos ideas centrales en este proceso terapéuti-

²⁵ Ibid., pp. 154 y 155.

²⁶ Ibid., p. 154.

²⁷ Ibid., p. 157.

²⁸ Ibid., p. 159.

²⁹ Ibid., p. 160.

³⁰ Ibid., p. 162.

³¹ Ibid., p. 164.

³² Ibid., p. 167.

³³ Ibid., p. 168. En énfasis en el original.

³⁴ Ibid., p. 169.

co que él describe³⁵. *Vencer*³⁶ y *rebelión*³⁷ son palabras de su bagaje terminológico.

Ya hemos visto, al comienzo de este trabajo, lo que le costó a Freud abandonar la ciencia dura para, como él decía, ser psicólogo. Equivale a un cambio de carrera. Él era un especialista formado en la tradición de la medicina, lo cual en su tiempo significaba el cultivo de la observación y el cuidado diario de las personas y las ideas. Implicaba también una práctica, amarrada a la tierra, de los resultados de las terapias y de las opiniones. En último término, la actividad médica se reflejaba siempre en el enfermo y su evolución. Todo se inclinaba más por el enfermo que por la enfermedad.

Pero nuestro héroe médico, que ambicionaba ser un genio de la investigación, tardó tiempo en darse cuenta de que la medicina tradicional era incapaz de ir más allá de sus limitaciones materiales y de que el ser humano requería una nueva terapia; en comprender que era precisa una nueva metodología para investigar el alma humana.

Tardó mucho en atreverse a ser psicólogo en el sentido literal del término, y no solo neurólogo o anatomólogo. Le costó media vida dejar atrás su materialismo científico, ateo y práctico, sin concesiones a la religión o a las creencias volubles de los poetas y de los místicos, para llegar a desconfiar de la ciencia de las células, las sustancias químicas y sus reacciones básicas.

Freud reconoce a Jean Marie Charcot (1825-1893), el neurólogo francés, como su maestro. En numerosas ocasiones así lo manifiesta. Pero disiente profundamente de él. Casi diríamos que lo ve como un maestro en el sentido dialéctico, que no retórico, como una figura que nos estimula en nuestra pugnacidad y competencia, que nos espolea a superarle y eclipsarle. Se trata de una relación discipular que acaba con la consunción del maestro y la gloria casi antropófaga del discípulo, que se eleva sobre su cadáver incorporado. O algo así.

Pues bien; digamos, antes de proseguir, que Freud cambiaría más adelante esta visión romántica de la ciencia y de la vida. Y eso es esencial para comprender la importancia de su teoría política.

Charcot, en su tiempo, significa una escuela que “ve en la herencia la única causa verdadera de la histeria”³⁸, mientras que su discípulo vienés ya comienza a sospechar que no es en el *hardware* sino el *software* del individuo donde hay que buscar la causa de ciertas enfermedades como la histeria. Por eso, Freud insiste una y otra vez sobre “aquéllos que se muestran hostiles a una concepción psicológica de la histeria” y no renuncian a encontrar “sutiles modificaciones anatómicas”³⁹ que expliquen los síntomas de

³⁵ Ibid., p. 135.

³⁶ Entre otros muchos sitios aparece en Freud, “Estudios sobre la histeria”, p. 146.

³⁷ Ibid., p. 149.

³⁸ S. Freud, “La etiología de la histeria” (1896), *Obras Completas*, tomo I, p. 299.

³⁹ Ibid., p. 306.

esta enfermedad. Él piensa que el psicoanálisis es suficiente para la curación radical de la enfermedad⁴⁰, lo que quiere decir que la histeria responde únicamente a causas psicológicas y no neurológicas.

Resulta conmovedor leer cómo Freud defiende la idea de que la sexualidad es fundamental en la etiología de las neurosis y de que, por tanto, el médico no debe frenarse en inquirir al paciente sobre este extremo. Su actitud a favor de la sinceridad (“una mayor sinceridad...habría de traer consigo una mayor tolerancia a todos conveniente”⁴¹) y de la sencillez en el tratamiento de estos temas está en la línea de la Ilustración y de su *sapere aude*, atrévete a saber. En particular es muy importante su descubrimiento y defensa de la sexualidad de los niños, de esa parte de la población que, a pesar de su ostracismo, tiene “todas las funciones sexuales psíquicas y muchas somáticas”⁴². Con ello, Freud reivindica que la vida sexual del niño no empieza con la pubertad sino mucho antes, y a pesar de la inmadurez de sus órganos sexuales. Para ello, habrá que desvincular la sexualidad de la genitalidad reproductiva. Una tarea a largo plazo:

Todo esto plantea trabajo para un siglo entero, durante el cual aprendería nuestra civilización a tolerar las aspiraciones de nuestra sexualidad⁴³.

Queda bien claro que “los genitales...no constituyen todo el aparato sexual del hombre (ni) tampoco su vida sexual comienza sólo con la pubertad”⁴⁴.

Aunque a Freud, todo hay que decirlo, en aquel momento le quedaba ciertamente mucho camino por recorrer. Bastaría recordar como muestra que, en sus recomendaciones sobre cómo curar la neurastenia, todavía indica la necesidad de “la continua vigilancia del terapeuta” para evitar con seguridad que el paciente recurra a la masturbación, causa segura del desorden psíquico. Obviamente, Freud mantenía una visión del paciente neurasténico como un masturbador que “recurrir a la cómoda satisfacción habitual siempre que experimenta alguna contrariedad”⁴⁵.

Lo nuevo en la vida

En un trabajo de 1924, Freud reconoce la dificultad que encuentra el ser humano para aceptar lo nuevo. Esto, que era también una grave preocupación para Niccolò Machiavelli, le resulta a él evidente; tener que aceptar lo nuevo le supone al ser humano un fuerte displacer:

⁴⁰ Ibid., p. 307. Freud espera “que un análisis completo signifique la curación radical de una histeria”.

⁴¹ Freud, “La sexualidad en la etiología de las neurosis”, *Obras Completas*, t. I, p. 319.

⁴² Ibid., p. 327.

⁴³ Ibid., p. 326.

⁴⁴ Ibid., p. 327.

⁴⁵ Ibid., p. 324.

La fuente de este displacer es el esfuerzo que lo nuevo exige a la vida anímica, el desgaste psíquico que le impone⁴⁶.

Un punto que no queda claro en Freud, a estas alturas de su obra, es su valoración del pensamiento. ¿El pensamiento ha de ser consciente? ¿Puede pensarse sin tener conciencia de ello?

Bien; él entiende que existen dos mundos paralelos. Uno es el de la conciencia y el otro sería el no-consciente. Con frecuencia, nos comenta que es esa segunda realidad la que rige nuestra conducta. Además, aunque a veces sugiere que en esa segunda realidad solamente hay proto-pensamientos o pre-pensamientos, lo cierto es que en otros escritos reconoce que los sueños —y los sueños se dan en ese ámbito— son verdaderos pensamientos: “el sueño...no es más que una forma de pensamiento”⁴⁷.

Freud piensa que la tiranía puede aparecer en cualquier ambiente y situación. Es muy sensible a que se ejerza una actitud tiránica con los pacientes. No le gusta por eso la sugestión, que le parece un abuso montado sobre la docilidad del paciente. El médico sugestiona autoritariamente y, en cuanto el paciente es “poco dócil” y ejerce “el evidente derecho a *contrasugestionarse*”, ese médico le reprende con un “¿qué hace Usted? *Vous vous contresugestionez!*”. En cierta ocasión, en que llega a ser testigo de una escena de ese tipo, siente “que aquello constituía una injusticia y una violencia”.

Freud nota en sí mismo “una oscura animosidad contra tal tiranía de la sugestión” y contra muchos terapeutas —como el Dr. Bernheim— que intentaban “dominar por medio de sugestiones”. Lo que Freud reconoce como *una resistencia suya* tomará después, nos dice él mismo, “la forma de una rebelión contra el hecho de la sugestión que todo lo explicaba”⁴⁸.

Aunque a Freud se le ha aclamado como iconoclasta y revolucionario, creo que se ha perdido algo de vista esta otra rebeldía, más sencilla y cotidiana de su obra. Rebelión contra lo trillado, la rutina y las arrogantes escuelas. Una de las características de los saberes dominantes y bien establecidos es que lo explican todo, y que interpretan cualquier rebelión contra ellos como una resistencia indebida o un demérito. Sin embargo, las resistencias que Freud muestra contra la psiquiatría y la hipnosis evidencian el coraje cívico que requiere el riesgo del conocimiento. Como en su tiempo Machiavelli, Freud comienza a comprender que el conocimiento genuino siempre se enfrenta al *peligro real de la tiranía*.

Ahora bien, si la tiranía directa que la vida ejerce sobre el paciente es peligrosa para la libertad, igual lo puede ser el interpretar y explicar todo violentamente, sin dejarle al paciente su derecho a resistir.

⁴⁶ S. Freud, “Las resistencias contra el psicoanálisis” (1925), *Obras Completas*, tomo VII, p. 2800.

⁴⁷ S. Freud, “Sobre los celos, la paranoia y la homosexualidad” (1922), *Obras Completas*, tomo VII, p. 2615.

⁴⁸ S. Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”(1921), *Obras Completas*, tomo VII, p. 2576.

¿Cómo podemos obviar esto en el psicoanálisis? ¿Qué hacer, al respecto, en una ciencia que por definición tiene que ir desmontando las resistencias del paciente? ¿Cómo acceder a ese mundo de no consciencia en el que tanta riqueza de conocimiento hay, y adonde tenemos que trasladarnos para poder explicar la enfermedad o iluminar nuestro objeto de estudio?

Freud como *rétor*

A la vista de la nueva sensibilidad con que hoy se está recuperando el saber retórico, creo que sería justo conceder a Freud el merecido título de *rétor* o maestro de ciudadanos. El primer paso en este sentido fue el de colocar al paciente tumbado y sin mirarle a él. No desprecio la importancia de tener los pies levantados del suelo, ni de la relajación que adquiere un cuerpo tendido en un diván, pero hay algo más en este avance que me interesa resaltar.

El que el paciente no se sitúe frente al terapeuta significa anular la tradición dialéctica moderna, para la cual es imprescindible que el avance del conocimiento se haga mediante la confrontación de las tesis de una persona —una afirmación, un sentimiento, una ocurrencia o una enseñanza suscitada— con las propias del otro. Y las propias del otro no son sino otras tesis, las que sean; en conjunto son las anti-tesis. Lo que nos confronta no lo hace porque quiera destruir, sino porque se supone que, de esa adversidad, ha de salir el saber. No se trata de plantear una lucha competitiva por ver quién sabe más, sino de aceptar que el saber es contraste y pugna. La síntesis hegeliana no es sino una elevación grandiosa —y muy omnipotente⁴⁹— de todo este entramado que supone gran parte del conocimiento occidental.

El mismo adjetivo moderno nos ancla a un *locus tempis* concreto del que no te puedes salir: el *modus hodiernus*. Ese *hodie*, el hoy de la vida, impide desde su génesis que el mundo moderno pueda digerir el descubrimiento extraordinario de Freud de que en *lo no-consciente no existe ni espacio ni tiempo*.

Pero, volviendo al punto anterior, creo que el diván del analista ofrece la ruptura de este modelo belicoso del saber. Lo que también implica el rechazo a la idea de que las palabras sólo son productivas cuando están supeditadas a la vista de un objeto, polo al que tales palabras se dirigen como si fueran su diana o su fuente nutricia. Las palabras dialécticas con frecuencia se someten a la imagen del objeto, siempre se dirigen hacia la dirección en donde está ese otro que nos habla y, en este caso, del que depende nuestra salud.

Con el diván se diluye todo esto. El silencio se convierte en el punto de partida. No es la palabra la que ahora manda. Al no ir dirigida local-

⁴⁹ Sobre este punto ver E. Voegelin, «On Hegel: A Study in Sorcery» (1971), *Published Essays 1966-1985*, ed. E. Sandoz, vol. 12 de *The Collected Works of Eric Voegelin*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1990, *passim*.

mente, al desorientarse la mirada, al desactivarse incluso en muchos casos —porque el paciente cerrará los ojos—, el espacio del encuentro se convierte ahora en un silencio primario en el que se ha de desenvolver eso que en la dialéctica moderna se ha dado en llamar *diá-logos* y que en una visión retórica más amplia se debería llamar *dianoia* u *orare*. Porque no son las cosas que se dicen allí, pongamos de siete a ocho de la tarde, sino ese silencio hondo, con todo su contenido o su nada, el que comienza a curar si es que ha de ser así. Y, por eso, ya no es un silencio de una sesión de terapia; no es *oratio concisa* (el *orare* recortado) sino *oratio perpetua* (las veinticuatro horas), que incluye vigilancia y letargia. La mano abierta, y no el puño cerrado ⁵⁰.

Desde las enseñanzas de Freud deberíamos interesarnos en por qué, si los sabios atenienses más conspicuos hermanaban la dialéctica a la retórica, sus seguidores se han olvidado de este punto y han prescindido sin mayor problema de esta última.

El gran Aristóteles, maestro indiscutible de nuestra tradición europea, escribió un libro entero sobre retórica. Y, en las primeras líneas de su obra, nos reconoce que la retórica es la hermana inseparable de la dialéctica ⁵¹. Para Aristóteles era impensable dejar de lado a la retórica en la vida de la ciudad, en la vida pública.

Los poderes occidentales han insistido después con vehemencia en prescindir de ella. Se la ha olvidado, se la ha presentado como lo que no es, como una técnica farragosa y retorcida de persuadir; e, incluso, se la ha calumniado por inmoral. Consciente de esta tergiversación, Quintiliano es taxativo al respecto:

Los que quitan a la elocuencia aquella principal alabanza de la vida que es la virtud, hacen consistir este arte en la persuasión...no es la persuasión el fin de la retórica...Lo cierto es que a veces persuade el dinero, el valimiento, la autoridad y dignidad de la persona, y aun su presencia sola sin hablar palabra...el fin de la retórica (no) es mover con razones al hombre a lo que uno quiere, pues aun los que no son retóricos mueven a lo que quieren, como las rameras, los aduladores y seductores. Por el contrario, el orador no siempre persuade, para que entendamos que éste no es fin peculiar suyo, sino común a otros que no siguen esta profesión...No se da retórica perfecta sin una justicia consumada...Porque si es arte de bien decir, su fin y último término es esto mismo ⁵².

⁵⁰ M. F. Quintiliano, *Sobre la formación del orador* (Institutionis Oratoriae), edición bilingüe, traducción de Alfonso Ortega Carmona, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia, 1999, tomo I, libro segundo, cap. XX, 7, p. 301. Quintiliano atribuye a Zenón de Elea ((336?-264? A. C.) esta comparación.

⁵¹ Aristóteles, *Retórica*, ed. bilingüe de A. Tovar, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971, p. 4. Tovar traduce la palabra como *correlativa*.

⁵² M. F. Quintiliano, *Institución Oratoria* (Institutionis Oratoriae), traducción de Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier, México, D. F., Conaculta, 1999, pp. 122-124. Éste es el texto publicado por Biblioteca Clásica Hernando de Madrid en 1887. La traducción no es directa del latín sino del texto francés que había traducido del latín Charles Rollin. La edición de Rollin no era completa sino un texto abreviado.

Es esencial comprender que la acción más agresiva contra la retórica ha sido el suplantar el *ars bene dicendi* —el arte del decir bien— con el arte de hablar bien. Ello nos ha arrojado a un mundo del *loquor*, a una sociedad de locutores desafortunados más que de ciudadanos con prestigio democrático. Los maestros de la retórica genuina siempre han lamentado el verbalismo:

Quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado⁵³.

Creo que los ataques a Freud se insertan, en gran medida, en esta tradición de desprestigio de la retórica. Es un caso bastante parecido al de Marco Fabio Quintiliano, Niccolò Machiavelli, Thomas Hobbes y, quizá también, al de Leo Strauss.

No es casualidad que, en su tiempo, Freud encontrara la misma animadversión contra él, tanto en “el militarismo prusiano...como (en) la ciencia alemana”⁵⁴.

Metáforas de gobierno

Como hemos visto, Freud hace un uso constante de imágenes militares y políticas. Por otra parte, el planteamiento de su teoría psicológica trae consigo una nueva manera de explicar la *gobernanza* del individuo. Uno de los grandes enigmas con los que el maestro vienés se enfrenta es el comportamiento inexplicable de muchos pacientes. Se trata de personas que sufren con sus anomalías; pero también de ciudadanos corrientes que, a pesar de mantener una conducta social aceptable, llevan a cabo actos imprevistos, inexplicables o desobedientes a los mandatos de la conciencia.

Si consideramos los tres poderes que, según la retórica, existen *in foro interno*: el ejecutivo, el legislativo y el buen juicio, nos encontramos con que en Freud aparece una teoría psicológica que, de primeras, se propone afianzar el firme control despótico, aunque benigno, de la conducta personal.

Freud quiere que la razón, correctamente dirigida por el método o por las reglas para la dirección de la mente —es decir la ciencia—, tome el timón y se ponga al frente del gobierno del individuo. Todos aquellos puntos débiles del comportamiento en los que el razonamiento científico se ve desbordado por el azar, la reacción imprevista o los mecanismos abismales de la psique, deben quedar entendidos para ser sometidos a la *dictadura* de la razón, a su afirmación y su defensa⁵⁵. Tan desmedida es la pretensión

⁵³ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, t. II, cap. XXXI, p. 191, ll. 23-24.

⁵⁴ Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”, p. 2579.

⁵⁵ Freud, “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis” (1932), en *Obras Completas*, tomo VIII, p. 3199.

de Freud de dotar al individuo de una monarquía científica para gobernar su vida, que llega a plantearse omnipotentemente la colonización y sojuzgamiento del *id* por las fuerzas de un yo auténticamente consciente —es decir, analizado—, en donde la razón sea el poder imperante.

Naturalmente, querer llevar el yo al lugar del *id* resulta hoy una idea descabellada, irreal e incluso peligrosa para la cordura humana.

Es evidente que Freud pronto entendería que tal proyecto científico era insostenible. No obstante, tardará tiempo en admitir la imposibilidad de ampliar de manera ilimitada la capacidad de la razón para gobernar al hombre, a su patria y al mundo.

Un elemento esencial en la obra de Freud es su punto de partida. De acuerdo con su formación académica, nuestro autor se plantea un largo viaje teórico⁵⁶ en el que traslada su yo, su conciencia científica ilustrada, a través de toda una serie de reflexiones y estudios. Su objetivo no es otro que ampliar las bases de la ciencia médica conocida para aportar soluciones y atemperar dolencias. Freud, el descubridor, se mueve en la frontera de lo conocido. Su idea es explorar terrenos ignotos, nuevas tierras en donde puedan hallarse las causas o motivaciones de esos males. Si los hallazgos surgen en el ámbito de la materia o del laboratorio, serán *causas* externas; si se hallan en el interior de los espacios internos, serán *motivaciones* implantadas en las profundidades de lo no consciente.

Cuando busca causas en la sociedad, causas observables y evaluables mediante las técnicas de observación, análisis, deducción o inferencia, se encuentra explorando lo desconocido; de ahí sus frecuentes identificaciones con los exploradores occidentales. Es consciente de que, en el curso de las exploraciones, a veces aparecen resistencias muy duras que habrá que vencer a capa y espada. Quizá por esto comience a hablar de los descubridores como si fueran conquistadores españoles. El explorador se torna en *conquistador* a la española.

Pero hay otras veces en que la búsqueda no se lleva a cabo en la materia, ni en la realidad social o abstracta construida por nuestro quehacer humano. Freud está seguro de que existe otro mundo cuya realidad no tiene textura espacio-temporal ni es un producto de la inteligencia vigilante. No es una abstracción de la ciencia, ni un instrumento racional elaborado por la conciencia trabajadora y creativa, como sería el caso de la matemática, la geometría, el arte del diseño o la tradición científica. Freud empieza a explorar esa otra clase de realidad —más anclada en la tradición rabínica— que, como decía Leo Strauss, existe porque se la venera⁵⁷. Una realidad, hay que aclarar, que no es un producto irracional, sino más bien algo

⁵⁶ Sobre la idea de teoría como viaje y recuento, ver S. S. Wolin, *Tocqueville Between Two Worlds*, Princeton University Press, Princeton, 2001, cap. II, pp. 34-56.

⁵⁷ L. Strauss, *Introduction to Political Philosophy*; manuscrito (MSS) al cuidado de Joseph Cropsey con la transcripción de las clases orales impartidas por Strauss en la Universidad de Chicago durante el trimestre de invierno de 1965. Ver Mss, 9-16.

no producido por el logos científico. Lo cual no quiere decir que no sea profundamente valiosa, protectora de la vida humana y requisito indispensable para producir y articular valores. En definitiva, indispensable para progresar humanamente.

El gobierno del individuo

No es frecuente pensar que la ciencia política pueda ayudarnos en la gobernanza de nuestras vidas individuales. Sin embargo, la teoría política siempre lo ha intentado. Algo que apenas debería extrañarnos, porque no hay otra cosa que nos interese más a los seres humanos que *el gobierno de nuestras vidas*. Es probable que muchos estudiosos de la política tengan como motivación el aprender a gobernarse a sí mismos.

La retórica clásica, al menos Quintiliano, presta mucha atención a este extremo. Ya Aristóteles había reparado en lo poco que podía esperarse de un gobernante que no supiera gobernarse satisfactoriamente a sí mismo, antes de intentar gobernarlos a todos. Quintiliano insiste en las tres maneras que hay de transmitir vida y sentido a los demás. Esas tres maneras de decir son para él la ejecutiva, la legislativa y la judicial⁵⁸. Ya hemos visto, al comienzo de este artículo, que la tradición retórica consideraba que cada hombre tenía tres maneras de *orare*, de decir, tanto en la plaza pública como *in foro interno*. Ello equivalía a pensar que, igual que existían tres modos de ejercer el poder público en la ciudad, existían también tres maneras de gobierno interior. Los poderes de la ciudad se correspondían, así pues, con esos poderes homónimos *in foro interno*.

Plantear de esta forma el problema de gobierno nos deja ver con claridad que lo que llamamos la conciencia —la voluntad para decidir, informada por la memoria— viene a significar el poder ejecutivo del gobierno de cada uno. Al igual, nuestro pensamiento, esa asamblea de objetos internos que diría Melanie Klein, respondería a lo que el diálogo constante del yo y el mí —el dos en uno de Sócrates—, respondería a lo que el poder legislativo supone para la polis. Por último, nuestra capacidad de *buen juicio*, esa cualidad que cada ciudadano ha de conseguir en la experiencia cotidiana, corresponde al poder judicial que tan importante es para la salud democrática de la ciudad.

Está al alcance de cualquiera comprobar que, en esos poderes, tiene una influencia muy grande, a veces sencillamente decisiva, un sector de la vida psíquica que no es consciente para nosotros. Se trata de ese territorio mental que el siglo veinte ha denominado el *Unbewusstsein*, *the unconscious* o el inconsciente⁵⁹.

⁵⁸ Quintiliano, *Sobre la formación del orador*, 1999, tomo III, libro octavo, cap. III, 11, p. 181.

⁵⁹ Se ha apuntado con frecuencia el inconveniente de la palabra inconsciente, ya que el prejuicio *in* afirma tanto negación como inclusión y eso aporta ambigüedad.

Claro que, sobre esto, cabe precisar. Toda esa franja de experiencias acumuladas y síntesis de saberes no es exactamente inconsciente en el sentido de que resulte inaccesible al conocimiento de nuestro gobierno personal. Muchas de estas sabidurías están al alcance de nuestra inteligencia, y sólo necesitamos para ello utilizar un acceso diferente del que supone la memoria cognitiva convencional.

Hay saberes que son importantes porque nutren nuestros juicios cotidianos y alimentan nuestro pensamiento, pero a los que no podemos acceder como lo hace la *memoria roja*⁶⁰ o voluntaria. Así, las evocaciones que surgen de nuestra potentísima *memoria verde*⁶¹ —la *memoire involuntaire* de Marcel Proust—, trayéndonos a las luces de la conciencia conocimientos o sentimientos que parecían fuera de nuestro alcance, nos manifiestan que tenemos mucha más capacidad intelectual de la que expresan nuestro pensamiento pilotado y nuestra memoria roja.

Resulta, por tanto, que el gobierno del individuo cuenta con capacidades que están muy presentes en la ciudad interna, *in foro interno*, pero que no poseen una voz directa para expresarse. Diríamos, en términos latinos, que tales capacidades no pueden hablar o que carecen de una voz propia directa que se oiga en el foro; son los elementos *in-fantes*⁶². Huelga decir que la palabra infante es un término político y no hace referencia sólo a los niños; piénsese, si no, en la infantería. Tendremos, pues, que los ingredientes de nuestra capacidad de juzgar, los componentes de nuestros juicios, son originados en estos ámbitos de nuestras mentes que no son exactamente el inconsciente. Son más bien zonas productoras de conocimiento que no tienen acceso directo al foro con su propia voz articulada. Como, en otro nivel, tampoco la tienen los barrios inaudibles de la ciudad. Un miedo intenso, una experiencia cultural profunda, la práctica médica, o las experiencias de un profesor, quizá no sean expresables directamente a través de los logos. Puede que surjan mediante sueños, en expresiones impremeditadas, en artes poéticas, en reflexiones prudentes o en observaciones muy fundamentadas que no corresponderían a la noción de haber hablado, sino mejor a la de *haber dicho* a través de elementos de la realidad anclados en la vida del ciudadano. “Más has dicho de lo que sabes”, comenta Don Quijote a Sancho⁶³. A veces, tales cosas no son accesibles a un poder ejecutivo que establece sus cuarteles en la conciencia, auxiliada por la memoria roja y con los archivos registrados como tales y accesibles a este tipo de memoria. A la vista de lo anterior, es entendible que, cuando Machiavelli quiera decirnos lo que es Fortuna —piedra angular de su filosofía política—, recurra a un poema, *Tercetos sobre Fortuna*.

⁶⁰ J. Roiz, *El experimento moderno*, Madrid, Trotta, 1992, pp. 67-71.

⁶¹ *Ibidem*.

⁶² Infantil proviene del latín *in-*, partícula negativa, y *fari*, hablar. *Fans, fantis* es su participio presente.

⁶³ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, t. II, cap. XXII, p. 139.

La capacidad de gobierno del individuo sufre un grave deterioro cuando se la intenta supeditar a la vigilancia y se limita a trabajar únicamente con los contenidos de sus operaciones. ¡No digamos ya la teoría política! Porque los contenidos que la letargia aporta al conocimiento durante las noches y los periodos de ensoñación son valores del individuo que requieren de tiempo para emerger o para ponerse en marcha.

La función del buen juicio no puede desarrollarse en sesiones maratónicas o asamblearias. Requiere de recesos, de periodos largos de elaboración de los procesos y los sentimientos, para así alcanzar una sazón que sólo se da con el paso de un tiempo que alterna —como el tiempo que experimenta Don Quijote en la cueva de Montesinos⁶⁴— los días y las noches.

⁶⁴ *Ibid.*, t. II, cap. XXII, p. 147.